

Joel Sequeda
Pérez

*Mil cabezones para
un escritor*

Levántate, Elías,
sal a tu balcón,
que ahí vienen los sapos
con el cabezón.

Canto parrandero de Camajuaní

LUÍS VIDAL DE LA TORRE

Es la parranda una suerte de fiesta popular muy común en la región central de Cuba. Los pueblos que la practican suelen dividirse en dos barrios o bandos rivales que adoptan nombres y distintivos a fin de diferenciarse y competir benignamente con cantos, bailes, paseos de carrozas, fuegos artificiales y toda una variedad de aspectos que llegan en conjunto a conformar el fenómeno cultural más importante de dichos pueblos.

Camajuaní, por ejemplo, localizada al norte de la región central cubana, posee una de las parrandas más célebres. Fue René Batista Moreno, escritor nacido en esta localidad, quien primero posara sus ojos sobre ella y la viera, no como un simple festejo sino como un fenómeno cultural poderoso, digno del más exhaustivo análisis. Y fue él quien, con dotes y mañas de investigador acucioso, se lanzara primero que nadie tras su rastro perdido en el tiempo, armado, acaso, de inicio, con una simple libreta de notas y una voracidad frenética, eso sí, de recopilar testimonios, fotografías, dibujos, pancartas y todo material que pudiera certificar el mayor número de personas posible sobre el poderío cultural, implícito en las fiestas tradicionales de su pueblo.

Uno de los aspectos más llamativos para Batista en la competencia parrandera de su terruño resultó ser lo que, por unanimidad popular, acabó nombrándose changüí, sin que ello lo confunda con el ritmo así nombrado en tierras orientales. Se distingue el changüí camajuanense por ser una especie de procesión gigantesca, organizada por los barrios contendientes, que estila recorrer las calles al son de tambores, cencerros, trompetas y bombardinos, entre mofas y rechiflas al bando contrario, mientras se exhiben banderas, distintivos y algo —o alguien— singularmente llamativo: el Cabezón.

Es el Cabezón un muñeco enorme, destinado a liderar con su baile el changüí de cada barrio, un títere de talla descomunal, algo así como un gigante bailarín, hecho de recortes de madera, saco, *papier maché*, algo de yeso y pintura, que es manejado desde sus interiores por un hombre —el bailador— encargado de darle vida y coronarlo así, entre saltos y cabriolas, como rey del changüí y en definitiva como uno de los líderes más populares y graciosos de la fiesta.

Aunque habitualmente se le ve en el multitudinario bullicio de los changüíes, el Cabezón tiene disímiles utilidades que van desde la maliciosa faena de fastidiar adrede, hasta hacer bulto y encarnar un simple rol de figurante. Desde atraer hacia sí la atención de todos, en pos de encubrir un operativo secreto de su barrio, hasta perseguir doncellas miedosas del bando contrario. Desde escoltar una pieza importante de su carroza, hasta participar en una competencia de bailes o simples monerías. Es este singular «artefacto» de graciosa naturaleza un arma poderosa en manos de su equipo, un ser imprescindible, apoyo incondicional si de parrandas se trata.

¿Cuándo surgieron? ¿Dónde y en qué época vivieron sus ancestros? ¿Qué figuras adoptaron? ¿Alguien en especial los llevó a Camajuaní? ¿Cómo llegó el Cabezón al changüí de esta localidad?

A interrogantes como estas y a muchas más da respuesta René Batista Moreno en su libro *Cabezones de Camajuaní, una tradición canaria* (Editorial Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2012) donde con un estilo muy personal huye del discurso empalagoso, lleno de tecnicismos y facundias que en Cuba jocosamente llamamos *teque* y se refugia en quien de veras merece llevar la batuta y

conducir al lector por los delicados terrenos abordados en su libro: el propio pueblo de Camajuaní.

Es notorio en estas páginas el empleo de breves y chispeantes anécdotas tituladas, testimonios narrados con sencillez por gente de pueblo tras los cuales Batista estableció verdaderas persecuciones e interrogatorios sobre los particulares que movían su trabajo. Gente que, entre desconcertada y risueña, recibía con beneplácito aquellos libros que más tarde el escritor les obsequiaba, ya acabaditos y oficialmente publicados, libros donde aparecían sus fotos o leían sus propias palabras, sus nombres en letra impresa, listos como para dar un viaje rumbo a la eternidad.

Es la voz del propio Camajuaní la que se escucha a lo largo de este intenso volumen, la que narra a qué niveles llegó la popularidad del Cabezón, no solo en fiestas de parranda sino en el diario bregar de los camajuanenses. Es el propio pueblo quien narra cómo la construcción y el manejo de estos peculiares gigantes se convirtió en todo un arte.

Célebres constructores de Cabezones, sus más afamados bailadores y varias generaciones de camajuanenses, toman la palabra en este libro. Narran cómo, Cabezón auestas, viajaron de pueblo en pueblo, de parranda en parranda e introdujeron esta tradición canaria en Cuba. Es precisamente Camajuaní quien hace de este sencillo manojito de anécdotas, fotografías y caricaturas, algo semejante a una novela de aventuras.

Hacer importante a su terruño, inmortalizar a su gente fue, sin dudas, una de las más caras ambiciones de René Batista Moreno, quien no se marchó de la vida hasta cerciorarse de haberlo logrado en amplia medida.

Cabezones de Camajuaní, una tradición canaria, es uno de los tantos esfuerzos que en este sentido él realizara, sin esperar, quizás, que como efecto colateral, obras como esta le granjearan el cariño de su pueblo, lo convirtieran en su más auténtico vocero cultural de todos los tiempos y también — ¿por qué no? — algo que en Camajuaní pudiésemos llamar descubridor de la parranda.

CABEZONES DE CANAJOANI



René Batista Moreno